

Cuba: ¿se puede ser negro sin morir en el intento?

EL NÚMERO 2 (OTOÑO 1996) DE LA REVISTA *ENCUENTRO DE la Cultura Cubana*, contiene un artículo de Pedro Pérez Sarduy que, con el título “¿Y qué tienen los negros en Cuba?” (con sólo verlo en el índice recordé aquello de “Mami, ¿qué será lo que tiene el negro?”), reflexiona sobre la discriminación racial en Cuba. Es éste un asunto que, como negro que soy, me toca, y del que además me gusta hablar; y voy a opinar sobre el tema en general, y el escrito en particular.

Siempre que se habla de los negros en Cuba, las sociedades de negros y mulatos meten baza en la conversación. Son recordadas con cariño y nostalgia por los que tienen edad suficiente para haber pertenecido a alguna, y con sana envidia por los más jóvenes. A su desaparición se culpa de la pérdida de identidad acusada por mulatos y negros en el período revolucionario, sin detenerse a pensar que junto a ellas desaparecieron todas las sociedades, clubes, agrupaciones, y sinónimos de la isla y de los cayos adyacentes, para dar paso a una nueva agrupación: el carro de la revolución.

Pero, ¿ayudaban esas sociedades a potenciar al no-blanco en la *sociedad*? ¿O simplemente a saber que existía un lugar donde era aceptado y de donde no lo podían echar? Pienso que si en un momento de la historia su surgimiento fue un paso de avance, a la larga, como arma de doble filo que eran, se volverían contra sus miembros, enclaustrándolos en sus muros, donde el eco de sus voces moriría sin salir al exterior. Sin hablar de que en ellas se discriminaba, como se infiere de lo dicho por una de las entrevistadas, que al parecer las añora, “al negro que no sabía, (...) que no supiera mantener una conversación”.

Pongo punto y aparte para hablar de un aspecto que en mi opinión se presta al engaño: la discriminación nega-

Mario Guillot

tiva. Su mismo nombre indica que es una discriminación. Cuando el *Gran hermano* anunció que el buró político del partido, en uno de sus crecimientos, se nutriría de negros y mujeres, estaba, para mí, reconociendo que en el país hay discriminación racial y sexual (otro tema a debatir). Considero que la igualdad exacta de currículums, y de capacidad, no existe. Si para un cargo equis, hay que decidir en un supuesto empate –guiándonos por el color negro de la piel, o por el sexo suave, que no débil– no podemos criticar a quien también decida por el color o los genitales, aunque lo haga circulando en sentido contrario a nosotros.

Debemos profundizar en el análisis de los candidatos, hasta encontrar el gramo que incline la balanza hacia uno de ellos, y no caer en el facilismo (y populismo) de hacerle un favor al negrito (o al generoso par de senos). No obstante, mi parecer en esto es que la mayoría de las veces, los currículums de los negros no llegan al tribunal de selección. Hay muchas trabas y prejuicios mentales, presentes en todos los sectores del país. Ni siquiera en la alta jerarquía de las fuerzas armadas, los negros alcanzan un número en proporción con su presencia en la base y en los niveles intermedios de la vida militar.

Siempre he rechazado, por otra parte, la teoría de que con la revolución florecieron los negros intelectuales cual verdolaga. No basta la simple oportunidad que el nuevo gobierno ofreció a los pobres –que no sólo a los negros– para que inmediatamente las aulas universitarias se tiñeran. Discrepo, por tanto, con otro de los entrevistados, ejecutivo de CUBAEXPORT, quien afirma que los negros “hemos obtenido títulos en profesiones que antes de 1960 nos estaban proscritas de hecho”. Quisiera saber en qué profesiones no había negros antes del 60. En el mismo artículo se habla de médicos y periodistas. Mi padre me contaba de abogados, incluso en el claustro de la Escuela de Derecho de la Universidad de La Habana. Narraba una anécdota que puesta aquí no desentona con el asunto que tratamos. Había dos profesores, ébano y marfil, con el mismo apellido (por desgracia no lo recuerdo), que era además muy poco frecuente. Un día los alumnos preguntaron al blanco si su tocayo de apellido y él eran familia, a lo que respondió: Es probable que su abuelo haya sido esclavo del mío.

Volviendo al ejecutivo, considero que su error es no darse cuenta que las profesiones de élite, a quienes estaban vedadas era a los pobres. Además de que en la oración siguiente, se contradice al reconocer que “cuando matriculé (...) en la Universidad Central de Las Villas, (...), resulté ser el único estudiante negro de mi curso”. ¿Y en qué año fue eso? No lo aclara en la entrevista, pero lo que sí dice es que nació en 1962.

Entre 1981 y 1995, fui profesor de Matemáticas en Secundaria, Preuniversitario, y por último en el Instituto Superior Politécnico “José Antonio Echeverría”. Cuando trabajaba los niveles medio y medio-superior, la composición étnica de mis aulas era reflejo de la del país. Pero al llegar a las facultades de Ingeniería Civil, y sobre todo, de Arquitectura, en las que enseñé durante diez cursos, alguien me pintó de blancos los alumnos. Tuve muchos grupos completamente blancos (respetando la autorizada opinión de la entrevistada Mar-

ta Rojas, llamo blanco a las personas que por simple inspección lo parecen), de los cuales recuerdo uno en el curso 87-88, y otro en el 88-89. Sin hablar de que cuando no eran todos blancos, era por uno, dos, o cuando más tres alumnos entre veinte o veinticinco.

Mis compañeros de trabajo, además, eran mayoritariamente blancos en todas las escuelas que estuve. Donde más compañeros negros tuve fue precisamente en la Politécnica: éramos seis entre veinticuatro miembros del departamento, que poco a poco disminuyeron a catorce; pero los seis negros nos mantuvimos firmes mucho tiempo (algunos por amor a la enseñanza, y otros, porque no encontraban cobertura para emigrar al área del dólar). Pienso, por tanto, que todavía está por ver el esperado asalto de negros o mulatos a las aulas universitarias.

También me opongo, por principio, a tener en cuenta el color de la piel de los que inviertan en Cuba, lo que podría llevarnos al racismo negro, muy a tono con la postura de Malcom X en la época de su encuentro con el *Gran líder*. Sí negaría el derecho a continuar invirtiendo, declarándolo persona no grata, a quien discrimine empleados por motivos raciales. Y quiero llamar la atención de Pérez Sarduy, los entrevistados y los lectores, sobre lo siguiente. He escuchado numerosas veces el comentario de que tal o mas cual inversor extranjero discrimina a los negros. ¿No es el gobierno revolucionario el que determina quién trabaja en empresas extranjeras, al no existir la libre contratación de empleados?

Para terminar con el artículo, haré tres comentarios. Primero: Felicitarlo por hablar de la Guerrita del Doce, espectro fantasmal del que nunca se habla, quizás con la esperanza de que desaparezca por sí solo de la historia del país. Segundo: ¿qué quiere decir eso de que los CDR son “hoy día una especie de Organización no Gubernamental”? Pido un poco más de respeto para las ONGs. Y tercero: los acontecimientos del 5 de agosto de 1994, no ocurrieron en una “zona marginal densamente poblada por familias de todas las razas, pero predominantemente negras”, sino en la zona de la bahía, pues la chispa que congregó allí a decenas de miles de personas de todas las razas, fue el deseo de montar las lanchas de Regla y Casablanca para secuestrarlas con destino a Estados Unidos, aunque por los alrededores vivieran negros, blancos o chinos. Y al caldearse los ánimos, desembocó en los disturbios callejeros. Pero afirmar que “aquella frustrada multitud la emprendió a pedradas contra varias tiendas que venden sus productos solamente en dólares”, es repetir la versión del gobierno, con la cual, como participante en la revuelta, no estoy de acuerdo.

Y ahora una arista del problema racial cubano que lamenté no ver reflejada en el escrito: el racismo sexual. Si Shakespeare hubiera ubicado su Romeo y Julieta en Cuba, la guerra de los Capuletos y Montescos sería porque la blanca se casó con un negro. Todos conocemos (aunque muchos no recuerden) casos de mujeres repudiadas por su familia, por haber escogido un compañero demasiado soleado para el gusto de los suyos. Y también ocurre a la contraria, cuando un blanco mantiene relaciones con una mujer coloreada, la familia de él no lo acepta con resignación.

Es curioso lo que pasa en estos casos en la familia de la parte oscura de la pareja. Si el caso es blanca-negro, la familia de él se siente orgullosa de cómo el niño ha “adelantado”. Pero si es blanco-negra, los parientes de ella muchas veces se oponen, por considerar que el blanco no quiere a la negrita para nada serio, porque ¿cómo un blanco se va a fijar en ella con buenas intenciones?

En Cuba, una pareja interracial atrae la atención por dondequiera que pasa. Todos se sienten obligados a comentar, y si es alguien reincidente en eso de tener parejas de otra raza, es calificado como “piolo(a)”, palabra que se pronuncia siempre con algo de desdén.

En una oportunidad, conversaba con un grupo de personas blancas, quienes me acusaban de mantener una actitud alerta contra cualquier indicio de discriminación racial, considerando ellos inútil mi postura al no existir racismo en el país. Les dije que ellos quizás no lo notaran, pero que sí lo había, y que a todo aquel que afirmaba no ser racista, yo quisiera verlo sin que se supiera observado, en el momento en que una hija le presentaba un novio negro y le anunciaba que se casaría con él. El silencio que siguió a mis palabras fue roto por una mujer que me dijo: “Tienes razón. Yo tengo dos hijos varones, y si me presentan una novia negra, pienso que es algo pasajero. Pero si tuviera una hija, no me gustaría que le pariera a un negro. Así que en el fondo, tengo algo de racista”.

¿Cómo concluir este escrito? Me gustaría poder presentar un paquete de medidas que acabaran con el racismo, como si de una plaga cafetalera se tratara. Desgraciadamente, incidir sobre las conciencias no es tan sencillo como liquidar el bórer de la caña de azúcar, o el moho azul del tabaco. Si de legislar se trata, considero suficiente que las oportunidades sean las mismas para todos. Mucho tendremos entonces que trabajar los negros para, a golpe de prestigio, abrírnos puertas que muchas veces han estado cerradas para nosotros; y que en otros casos, ni siquiera sabíamos que ya no tenían el cerrojo puesto.